

SALVADOR FREIXEDO
LA GRANJA HUMANA

diversa

© 2014, Salvador Freixedo
© 2014, Diversa Ediciones
Edipro, S.C.P.
Carretera de Rocafort 113
43427 Conesa
diversa@diversaediciones.com
www.diversaediciones.com

Primera edición: julio de 2014

ISBN: 978-84-942484-3-6
Depósito legal: T 833-2014

Diseño y maquetación: DONDESEA, servicios editoriales
Ilustraciones de portada: © Cannarego/Shutterstock y © Javaman/Shutterstock

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de cualquier parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, así como su almacenamiento, transmisión o tratamiento por ningún medio, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Impreso en España – *Printed in Spain*

A Magdalena, mi mujer.

ÍNDICE

PRÓLOGO A LA ACTUAL EDICIÓN	11
INTRODUCCIÓN	15
LOS DUEÑOS VISIBLES DE ESTE MUNDO	23
PRESENTACIÓN DE LOS CASOS	39
CASO 1. EL DOCTOR TORRALBA	41
CASO 2. EL JUGUETE IMPOSIBLE	50
CASO 3. BROMA MACABRA	58
CASO 4. APAGÓN EN HONDURAS	68
CASO 5. EL NIÑO CURADO POR «DIOS»	82
CASO 6. AVIONES QUE DESAPARECEN	89
CASO 7. VAMPIRISMO SIDERAL	101
CASO 8. BOMBEROS CELESTIALES	107
EL MISTERIO DE UMMO	111
PRESENCIA EN LA HISTORIA: CASOS PÚBLICOS	147
EL PUEBLO JUDÍO	148
HITLER	152

LA DONCELLA DE ORLEANS	160
EL ISLAM	168
LOS JINAS ISLÁMICOS	169
LULA	200
JOSÉ LUIS	221
RUFO	245
ÚLTIMA HORA	275
CONCLUSIÓN	277
APÉNDICE	293

PRÓLOGO A LA ACTUAL EDICIÓN

Han pasado veintitrés años desde la primera edición de este libro, y el fenómeno ovni ha seguido desenvolviéndose como lo había venido haciendo durante milenios. Y dicho de otra manera más de acuerdo con su temática, han pasado veintitrés años, y los habitantes de la granja humana siguen sin despertar: han seguido comiendo la misma paja que les han estado dando los dueños de la granja (ahora más endulzada) y han seguido creyendo las mismas mentiras que los «dioses» y sus testaferros humanos nos han seguido diciendo.

Por desgracia, muchos de los ovnilogos no se han enterado todavía de que la infinita y variadísima casuística (incluida la que se describe en este libro) no es más que una careta para disimular el verdadero rostro del fenómeno o una trampa para tener entretenidos a los investigadores. Pero ya va siendo hora de que desparezcamos de este engaño y nos enfrentemos con la desnuda

verdad, aunque esta sea tan desagradable como lo es en realidad.

En estas páginas yo presento casos que a algunos «ufólogos serios y científicos» se les hicieron difíciles de admitir. Poco sabían ellos que la gran realidad que está detrás de todos estos casos es mucho más «increíble» y difícil de digerir.

El valor de este libro, aparte de la originalidad de muchos de los casos que presenta, consiste por una parte en que globaliza el fenómeno y, a pesar de mostrar casos muy diversos, los presenta como formando parte de un todo con muchos aspectos y acontecimientos diferentes, y por otra, en que pone sobre aviso al lector de que la cosa no es tan «entretenedora» e inocente como a primera vista parece y que en realidad representa una muy seria amenaza para la raza humana. De hecho, a continuación de este libro escribí otro cuyo título, *La amenaza extraterrestre*, declaraba ya abiertamente esta idea. A algunos «ufólogos» famosos y muy profesionales no les gustó. Lo siento por ellos.

Da la impresión de que en la actualidad se habla y se escribe menos sobre los ovnis. Es cierto, aunque esto no significa que la actividad de los dueños de la granja haya disminuido. Por el contrario, creo que en la actualidad están mucho más activos, aunque sus actuaciones, sin dejar de ser también físicas y visibles, son mucho más sutiles e indetectables, pero en definitiva más influyentes en la conducta de las sociedades. Actividades como las manifestaciones masivas en el cielo de la ciudad de México, atestiguadas por cientos de miles de personas, o los admirables círculos de las cosechas que cada año aparecen en los campos de muchas naciones, y especialmente de Inglaterra, son pruebas físicas de la presencia de estos visitantes del Cosmos, por mucho que los medios de comunicación pretendan silenciarlos.

La causa de que apenas se escriba sobre ellos es una prueba más de su poder. Ellos son los que han conseguido que los grandes medios de comunicación no se pres-ten a publicar nada que tenga que ver con los ovnis y que los editores importantes se nieguen a publicar libros sobre el tema. Para ello se han valido además de los intelectua-les y científicos y de las autoridades a las que han conven-cido de que todo es fruto de la imaginación. Las moti-vaciones de todos estos grupos son diferentes: a las autoridades no les gusta que haya algo que esté fuera de su control; los hombres de ciencia no saben cómo explicar-lo porque los hechos van contra sus dogmas científicos y optan por la salida más fácil, que consiste en negar los he-chos; en los intelectuales es cuestión de amor propio y de so-berbia: es imposible que exista algo que ellos desconozcan.

Sin embargo, hay dos estamentos muy importantes en la sociedad que sí se interesan por el fenómeno, aunque no tengan la facilidad que tienen los grupos anteriores para dar a conocer su opinión. Me refiero a los militares y a las reli-giones. Los militares, obviamente, están muy interesados en algo que invade sus espacios sin pedirles permiso y que se atreve a desafiar descaradamente sus prohibiciones. Y aun-que lo han negado y han tratado de engañar en muchas oca-siones a la sociedad, han estudiado a fondo el fenómeno y son los que más conocen sobre sus muchos aspectos, aunque no le comuniquen a la sociedad todo lo que sobre él saben. El inicial Blue Book de Allen Hynek y los sucesivos proyec-tos Condon, Brookings, Sturrock y los dos comunicados de la Fuerza Aérea estadounidense no son más que mentiras elaboradas para hacerle creer a la gente que el fenómeno es-taba siendo estudiado y que no tenía visos de ser real. En cambio, los militares franceses, en su informe Cometa, y los

de otros seis o siete países, son mucho más sinceros y reconocen la realidad del fenómeno.

La religión, y en concreto los líderes del cristianismo, prefieren mirar para otro lado y no darle importancia al fenómeno porque se dan cuenta de que, de ser cierto lo que dicen los que lo han estudiado o experimentado, podría traer dificultades para ciertas creencias fundamentales. Pero decir que la presencia entre nosotros de otros seres inteligentes no humanos no supone problema alguno para el dogma es estar en la luna.

Los creyentes de otras religiones siguen admitiendo cosas tan trágicas o tan chuscas como que a Dios le agrada destripar a los no creyentes o que no coman carne de puerco o adoren a una vaca, tal como los dueños de la granja, disfrazados de dioses, les enseñaron a sus fundadores hace muchos años.

Reconozco que hoy en día, basado precisamente en hechos por el estilo de los que se narran en este libro, y tras haber conocido e intimado con muchos testigos directos y víctimas del fenómeno y de haberlo vivido en carne propia, sé de los dueños de la granja y de sus intenciones mucho más de lo que sabía cuando escribí *La granja humana*.

Por ello, para esta nueva edición he revisado concienzudamente el texto y he corregido alguna afirmación que con el tiempo he sabido que no era exacta, como también he añadido comentarios y detalles que desconocía entonces.

Cenlle (Ourense), 2011

INTRODUCCIÓN

Este libro no es de ciencia ficción, y menos una novela basada en fantasmagorías imaginadas por el autor o en libros místicos. Este es un libro en el que se narran hechos. Hechos inexplicables y hasta absurdos si se quiere, pero hechos reales, investigados la mayor parte de ellos directamente por mí. Y en algún caso vividos y hasta padecidos por mí.

Los eternos dubitantes siguen diciendo que en el mundo paranormal «no hay hechos comprobados». Efectivamente, para el que tiene la mente cerrada nunca habrá casos ni pruebas suficientes. Pero «la sarna no está en las sábanas». La sarna está en la cerrazón de mollera de algunos «intelectuales».

Los casos que en este libro presento son casos concretos y comprobados, y muchos de ellos son pruebas que podrían dar fe en un tribunal de justicia y que para mí han sido convincentes. Otros, en cambio, son solo evidencias circunstanciales que nos ayudan a acercarnos a conclusiones ciertas.

Y si es cierto que los casos son importantes, lo es aún más investigar qué hacen esos tripulantes en nuestro mundo y qué han estado haciendo siempre desde hace miles de años. Pero ya no desde sus naves, sino mezclados con nosotros en nuestras calles, en el interior de nuestros hogares y sobre todo dentro de nuestras mentes. Porque lo que mu-

chos investigadores del fenómeno no acaban de comprender es que estos tripulantes hace muchos años que aprendieron a bajarse de sus aparatos y a andar entre nosotros haciendo cosas muy extrañas.

Presentar sus múltiples, disimuladas y variadísimas andanzas y actividades en nuestro mundo y, sobre todo, ver cuál debería ser nuestra reacción, es lo que pretendo en este libro. Entretanto, los «ufólogos» (¿qué es eso?) seguirán coleccionando casos sin saber qué hacer con ellos y estarán cada día más confusos.

Por otra parte, este libro no es para las personas que creen que todo lo inventable ya está inventado, ni para las que piensan que la ciencia es capaz de dar solución a todos los misterios del mundo y que todo aquello a lo que ella no es capaz de encontrar una solución tiene que ser rechazado como absurdo o inexistente.

En este mundo en el que vivimos, olvidándonos por un momento de la vastedad del infinito Universo, hay una enorme cantidad de hechos que sobrepasan con mucho los límites de la ciencia y que no son susceptibles de ser explicados por ella, porque simplemente rebasan la capacidad de comprensión de nuestros cerebros.

Además, todo el reino del espíritu —y el Cosmos, al decir de grandes astrónomos y filósofos, da la impresión de ser una gigantesca inteligencia que tiene más de mental o de espiritual que de físico— escapa por completo a los métodos y a los propósitos de nuestra ciencia.

Por lo tanto, entremos en la consideración de los extraños temas de este libro, tranquilos en cuanto a lo que los científicos puedan decir contra nosotros. Los científicos «primarios», si se dignan atender a lo que decimos, levantarán por un momento su cabeza de la rutinaria tarea con

la que se ganan la vida y harán un gesto de desdén hacia nosotros, considerándonos como unos pobres chiflados perseguidores de quimeras o adoradores de mitos. Y seguirán rutinaria y machaconamente repitiendo sus observaciones y experimentos, en sus laboratorios y clínicas, para profundizar un poco más en el conocimiento de la materia y también para llevarle el sustento a su familia. Dios los bendiga. Son los obreros de la ciencia, gracias a los cuales mejoramos nuestros instrumentos y a veces nuestra salud. La humanidad tiene que estar agradecida por su pesada labor, que con frecuencia acaba embotando las mejores cualidades de su espíritu y de su inteligencia al ceñirlos obligada y rutinariamente a una sola parcela del saber humano. Tenemos que ser comprensivos ante su incredulidad y ante su miopía.

Los otros científicos, los «graduados», que no son meros obreros de la ciencia, repetidores de experimentos o de recetas, sino que se remontan por encima de las fórmulas para filosofar sobre el porqué de la vida y, en vez de seguir planos o pautas que otros trazaron, diseñan nuevas vías para la mente, constituyéndose en arquitectos y estrategas de la humanidad, no nos criticarán. Sencillamente se limitarán a observar cuál es el fruto de nuestras investigaciones en los campos del misterio, sabiendo que la vida en sí es un gigantesco misterio.

Qué enorme gusto sentí el día que supe que el patriarca de los científicos «graduados» modernos, el gran Albert Einstein, tenía como libro de cabecera nada menos que *La Doctrina Secreta*, obra de la reina del esoterismo —tan denostada por la ciencia de a pie— Helena Petrovna Blavatski. Y cómo se alegró mi espíritu cuando leí *Cuestiones cuánticas: escritos místicos de los físicos más famosos del mundo*

(Heisenberg, Schrödinger, Einstein, Jeans, Planck, Pauli, Eddington), editado por Ken Wilber (Kairós, 1987).

La tesis del libro que tienes en tus manos es de una gran audacia, pero está refrendada por miles de hechos que pasan inadvertidos, al suceder mezclados con muchos otros de los que está entretejida nuestra vida diaria. Sin embargo, sucede a veces que a lo largo de la historia aparecen personajes increíbles o pasan cosas inexplicables, que desgraciadamente no nos hacen despertar del letargo en el que las teorías sociales y los mitos religiosos tienen sumida a la humanidad. Los historiadores, los sociólogos, los políticos y los grandes mitólogos modernos —los teólogos— los explican cada uno a su manera y conforme a sus conocimientos o a sus intereses. Y la humanidad sigue ciega caminando por un camino sin salida que únicamente lleva a la autodestrucción.

La tesis de este libro es la misma que expuse en *Defendámonos de los dioses*. Pero aquí profundizo más en ella y aporto nuevas pruebas de que aquella manipulación que entonces describía sigue dándose en gran escala, aunque disimulada y escondida tras mil velos. La gran tesis de aquel libro sostiene que los «dioses» —entendiendo por «dioses» unos seres racionales, de ordinario invisibles, superiores al hombre en inteligencia y tecnología— son los que a fin de cuentas mandan en este mundo.

En el orden de las ideas trascendentes, los hombres creemos lo que ellos nos han hecho creer —y este es el origen y la esencia de todas las religiones—, y en cuanto a nuestros conocimientos de la naturaleza, sabemos lo que ellos nos han dejado saber. Hasta hace apenas un siglo, los avances técnicos y científicos se debieron en gran parte a lo que estos seres les comunicaban a algunos de sus amigos «iluminados». Lo mucho que las tribus primitivas —tan ig-

norantes en otras cosas— saben sobre los poderes curativos de las plantas y lo mucho que los chinos saben, desde hace milenios, sobre las corrientes bioenergéticas que surcan el cuerpo humano, con sus correspondientes puntos de acupuntura, son solo dos ejemplos de esta ciencia «revelada». Hay muchos otros casos de inventos y descubrimientos debidos a alguna «revelación privada».

En la actualidad, las cosas han cambiado radicalmente en este particular. La raza humana se ha liberado de muchos tabúes que los «dioses» le habían hecho creer —precisamente para que no avanzase— y desentraña por sí misma los secretos de la materia y de la naturaleza.

Una circunstancia importante que hay que tener en cuenta en esta tesis es que la mayoría de estos misteriosos seres que nos dominan desde las sombras no son buenos ni malos de por sí: simplemente nos usan, al igual que nosotros usamos a los animales. A estos, aunque los cacemos y aunque organicemos espectáculos con ellos, no los odiamos: simplemente los usamos para lo que nos conviene. Si ese uso conlleva un buen trato (animales domésticos, por ejemplo) los tratamos bien; pero si ese uso conlleva un mal trato (animales sacrificados para nuestro alimento) los matamos sin remordimiento alguno. Lo mismo hacen con nosotros esos seres que dominan el mundo y la raza humana.

La gran deducción que de esto se puede sacar es que los hombres no somos los reyes del mundo, tal como habíamos creído, ni somos la más excelsa de las criaturas de Dios, ni estamos en vísperas de abrazarnos eternamente con Él si nuestras obras han sido buenas durante nuestra permanencia en este planeta. Todo ello no son sino infantilidades con las que estos seres han nutrido nuestro ego para que siguiésemos ajenos a la gran realidad de

que somos sus esclavos. Los verdaderos dueños del mundo son ellos, y nosotros solo hacemos lo que a ellos les conviene, para lo cual han inventado unas formidables estrategias que describo detalladamente en el libro al que hice referencia.

Y como no quiero repetir lo ya escrito, únicamente dejaré claro, por considerarlo de gran importancia para la recta concepción de esta nueva manera de entender el mundo, que no todos estos seres son iguales. La diversidad entre ellos es enorme y mucho mayor de la que se da entre los humanos. Si entre estos nos encontramos con blancos y negros, altos y bajos, europeos y asiáticos, varones y hembras, etc., entre los «dioses» las variedades son muchísimo mayores, ya que nuestras diferencias solo atañen a cualidades externas y no esenciales —puesto que todos somos seres humanos pertenecientes a la misma especie—, mientras que las de ellos se extienden a la esencia misma de sus «personas». Muchos de ellos son radicalmente diferentes entre sí y lo único que tienen en común es el ser inteligentes, aunque sobre esto tenemos que decir que muchos aspectos de su inteligencia se escapan a nuestra comprensión.

Ciertas especies de «dioses» dan la impresión de ser benévolas para los humanos o por lo menos para algunos individuos, mientras que otras actúan de una manera muy negativa o, cuando menos, peligrosa e ilógica.

¿En qué nos basamos para decir esto? En hechos. En miles de hechos que están ahí desde remotos tiempos, conocidos en todas las culturas, escritos en todas las literaturas y experimentados en nuestros mismos días en las vidas de innumerables personas cuyos testimonios no podemos ignorar. El hecho de que la ciencia oficial no tenga explicación para ellos o que los poderes constituidos prefieran

ignorarlos por razones políticas no obsta para que los hechos sigan esperando y exigiendo una explicación racional, sea la que sea y venga de donde venga.

Esto es lo que intentamos hacer en este libro, sabiendo que nos exponemos al desprecio y a la burla de los que todo lo saben y de los que todo lo pueden. De nuevo, Dios los bendiga.

La vida es un sueño. Y ellos también sueñan con sus adelantos técnicos, con sus dogmas y con sus poderes políticos. Y como todo soñador, también tienen pesadillas con bombas de neutrinos, con guerras de las galaxias, con infiernos eternos y con ríos y bosques envenenados por los residuos químicos de sus fábricas.

Nuestros esfuerzos por descifrar tantos misterios de la vida no son menos válidos que los suyos. Por lo tanto, tenemos el mismo derecho que ellos a usar nuestra cabeza para descubrir el porqué de algo que por siglos lleva inquietando la mente de los hombres.

Seguramente las autoridades religiosas se unirán al coro de los que nos denigran. Pero no se puede tirar piedras al tejado ajeno cuando se tiene el propio de cristal. Los jerarcas cristianos tienen su credo lleno de ángeles y demonios, que en nada se distinguen de los «dioses» y de las entidades a las que aquí nos referimos. La única diferencia es que sus ángeles y demonios ven limitadas sus actividades al entramado dogmático y ritual del cristianismo, mientras que nuestros «dioses» actúan libremente en el planeta, con todos los seres humanos, sean o no cristianos. No solo eso, sino que el extraño «dios» del Génesis, que manipulaba al pueblo hebreo desde una nube, es, según nuestra tesis, *uno más* de estos entes misteriosos que desde siempre han dominado a los humanos.

San Pablo llama repetidamente a estos seres «los señores del mundo», y tenía muy mala idea sobre ellos. En su epístola-

la a los efesios escribió un famoso pasaje, tan confuso como esclarecedor:

Nuestra lucha no es contra la carne ni contra la sangre, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernantes de este mundo tenebroso, contra los Espíritus del mal que están en las alturas. (Efesios 6, 12).

A estos mismos «espíritus del mal que están en las alturas» es a los que nosotros nos referimos con el muy genérico nombre de «ellos». Al final del libro hago una recopilación de todas sus cualidades, que iremos viendo aflorar diseminadas en los casos que presento. De estos, la mayor parte fueron investigados directamente por mí y han sido seleccionados entre una gran cantidad de hechos inexplicables, de los que más o menos de cerca me ha tocado ser testigo. Algunos de ellos han marcado mi vida de manera indeleble, y precisamente debido a esta manipulación de la que estamos hablando, muy probablemente me iré a la tumba sin que pueda dar a conocer todos sus íntimos detalles.

He de advertirle al lector que en varios de los casos cambio la ubicación de los hechos y los nombres de los protagonistas por habérmelo pedido ellos. En otros me he visto obligado a distorsionar algo el propio hecho para no traicionar la privacidad de los individuos, que, de narrar el hecho tal como sucedió exactamente, serían identificados con facilidad por sus parientes o vecinos. Pero la esencia y la paranormalidad de los hechos, y sobre todo su realidad, no sufren nada con estas pequeñas distorsiones.